

EMMA SILIPRANDI y
GLORIA PATRICIA ZULUAGA (coords.)

GÉNERO, AGROECOLOGÍA
Y SOBERANÍA ALIMENTARIA
PERSPECTIVAS ECOFEMINISTAS

Icaria † editorial
PERSPECTIVAS AGROECOLÓGICAS

ÍNDICE

- Prólogo, *Alicia H. Puleo* 7
- Presentación, *Emma Siliprandi y Gloria Patricia Zuluaga* 11
- I. Alimentación, agroecología y feminismo: superando los tres sesgos de la mirada occidental, *Marta Soler Montiel y David Pérez Neira* 17
 - II. ¿Y los hombres qué? Reflexiones feministas en torno a las masculinidades y la agroecología, *David Pérez Neira, Ángel Calle Collado y José María Valcuende del Río* 41
 - III. Ecofeminismos: potencialidades y limitaciones, *Gloria Patricia Zuluaga Sánchez* 67
 - IV. El feminismo campesino y popular de las mujeres de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo, *Estefanía García Forés* 93
 - V. Mujeres latinoamericanas construyendo la agroecología, *Marta Chiappe y María Noel Salgado* 113
 - VI. Mujeres campesinas construyendo soberanía alimentaria, *Gloria Patricia Zuluaga Sánchez y Sonia Irene Cárdenas Solís* 139
 - VII. El trabajo de las mujeres campesinas en proyectos agroecológicos en el Asentamiento Moreno Maia en la Amazonía Brasileña, *Irene García Roces, Marta Soler Montiel y Assumpta Sabuco i Cantó* 165

VIII. Género y agroecología: los avances de las mujeres rurales brasileñas enfrentando las inequidades, *Emma Siliprandi* 195

IX. Mujeres y alimentación, una aproximación desde la perspectiva ecofeminista, *Silvia Papuccio de Vidal* 219

Autoras y autores 237

PRÓLOGO

Alicia H. Puleo

La noción de *género* alude a la construcción socio-histórica de las identidades de mujeres y hombres en ese complejo entramado de relaciones materiales y simbólicas que son las sociedades humanas. Se trata de un valioso instrumento de análisis que ha permitido profundas transformaciones en las ciencias sociales, en las humanidades, en los movimientos sociales y en la praxis cotidiana de millones de personas en el mundo durante las últimas décadas. El feminismo, teoría y práctica destinada a reconocer a las mujeres como sujetos autónomos y luchar contra su exclusión y subordinación, también incorporó y desarrolló este concepto, proveniente de investigaciones médicas y psicológicas de los años sesenta del pasado siglo, como forma de profundizar su tarea de cuestionamiento de los patrones de desigualdad que habían hecho de las mujeres, para decirlo en palabras de Simone de Beauvoir: el segundo sexo, un colectivo discriminado y objeto de sujeción. En el marco de la gran transformación social hacia el respeto y la igualdad efectiva entre mujeres y hombres, este libro aborda una cuestión clave del siglo XXI: cómo alcanzar un modelo de producción alimentaria justa y sostenible.

Frente al desarrollismo, al consumismo y a la globalización neoliberal, un paradigma del desarrollo humano en clave ecológica implica distinguir, como ya lo hacían los epicúreos, entre deseos necesarios para la felicidad, el bienestar y la vida y deseos superfluos que pueden acarrear grandes males. La desmesura (*hybris*) era considerada por la filosofía griega como un gravísimo defecto que llevaba a un final trágico. Similares reflexiones encontramos en el ideal de armonía con la naturaleza presente en el *sumak kausai* de los pueblos originarios de América. Desde que se elaboraran estas concepciones de vida buena

hasta nuestros días, mucho hemos avanzado en el plano de la ciencia y la tecnología pero muy poco en el de la sabiduría. La potencia destructiva alcanzada hace de esta época una encrucijada en la que se juega el destino de la humanidad. Vivimos en el Antropoceno, la era en la que el hombre y sus máquinas modifican el ecosistema en una escala inédita. De acuerdo a dictámenes del mercado, se condena a la miseria a millones de personas pobres, se acosa a los pueblos indígenas desplazándolos de sus territorios, se extermina la fauna silvestre al envenenar el medio ambiente, se priva de toda vida digna de ese nombre a millones de animales destinados al consumo, tratándolos como mera carne estabulada, y se suministra a la población humana sucedáneos de los verdaderos alimentos naturales. Más allá aun en el tiempo, se pone en peligro la propia subsistencia de las generaciones futuras, usando sin previsión alguna recursos naturales finitos. Y todo ello se hace para satisfacer el ansia de poder de unos pocos, la voracidad sin límites de las grandes corporaciones y los criterios de calidad de vida de las sociedades desarrolladas que, no obstante, muestran índices de felicidad decrecientes en los últimos cincuenta años. Con su necesidad de crecer sin mesura y sin tregua en un ecosistema cerrado y de recursos finitos como es la Tierra, el capitalismo globalizado comienza a mostrar su cara más peligrosa. El cambio climático marca un antes y un después en la historia de nuestra especie.

Las mujeres se cuentan entre las primeras víctimas del deterioro medioambiental por dos razones. En primer lugar, es necesario señalar que, por sus particulares características hormonales, el cuerpo femenino es un bioacumulador de agrotóxicos y de otras sustancias nocivas que actúan como disruptores endocrinos. De ahí sus altos índices de hipersensibilidad química múltiple y el incremento de los cánceres ginecológicos. En segundo lugar, las consecuencias de las catástrofes «naturales» y de la degradación ambiental antropogénica, llámese esta deforestación, contaminación, desertización o pérdida de la biodiversidad, golpean en especial a las mujeres más pobres del llamado Sur. Conseguir agua potable, leña o comida se hace cada vez más difícil y las obliga a recorrer grandes distancias con pesadas cargas. Las enfermedades de los hijos e hijas, su nacimiento con graves malformaciones, debidas a la exposición a herbicidas de los monocultivos y a los productos empleados en la megaminería, vienen a añadirse a una larga lista de penalidades. Sin embargo, quizás por estas mismas causas, también son numerosas las protagonistas del cambio hacia un mundo sostenible. Campesinas e indígenas se organizan, innovan, se

empoderan y luchan en los nuevos horizontes abiertos por la agroecología y la soberanía alimentaria.

Mucho se ha escrito ya sobre las consecuencias de la irresponsabilidad de quienes tienen poder para dar un golpe de timón y cambiar el rumbo. Son menos, sin embargo, las propuestas concretas de solución, los modelos alternativos al sistema suicida en que nos encontramos. De ahí, la importancia de esta obra que recoge aportaciones constructivas de mujeres que resisten y trabajan para el bien común. El rechazo al «mal desarrollo» no ha de ser sinónimo de primitivismo ni de nostalgia mistificadora del pasado. El colectivo femenino, la mitad de la humanidad, aún no ha alcanzado la igualdad de derechos prometida por las democracias modernas. La unión de la perspectiva ecológica con la convicción de la necesidad de alcanzar la igualdad de género es garantía de modernidad crítica. Hemos de conservar y afianzar el legado moderno de los derechos, tan importante para las mujeres y, en cambio, criticar y superar la deriva de una razón suicida propia de un *homo oeconomicus* que solo sabe de interesados cálculos egoístas de corto plazo.

En todas las sociedades, incluso en las desarrolladas, la huella ecológica de las mujeres es menor que la de los hombres. Las labores cotidianas del cuidado, que la división sexual del trabajo atribuyó en exclusiva al colectivo femenino, permiten el mantenimiento de la vida. Las y los autores de este libro no pretenden por ello convertir a las mujeres en un nuevo sujeto revolucionario, esta vez ecológico, a costa de mantener antiguos estereotipos de género, como propusiera algún filósofo en el siglo pasado por temer a que desaparecieran los últimos rasgos de compasión y afecto en un mundo despiadado. Por el contrario, indagan en las formas en que es posible superar la discriminación. Unen, así, los ideales de igualdad, justicia y autonomía, tanto a sus investigaciones empíricas sobre las aportaciones ecológicas de las organizaciones de mujeres, como a sus análisis sobre las formas en que los estereotipos de la masculinidad afectan al pleno desarrollo de la agroecología. Género y ecología son dos ámbitos de teoría y praxis que, en estas páginas, se entrelazan para una prometedora andadura. Recomendando vivamente esta lectura a quienes busquen ánimo y valiosas cartas de navegación para los caminos de un futuro solidario y sostenible.

PRESENTACIÓN

Emma Siliprandi y Gloria Patricia Zuluaga

Este libro es un esfuerzo colectivo, con el ánimo de contribuir a la reflexión y el debate sobre las temáticas de género, agroecología y soberanía alimentaria, de manera entrelazada y vistos como proyectos políticos donde la producción agraria no se concibe meramente como una propuesta técnica, sino que busca, además de preservar los medios de vida, hacerlo con equidad. Son propuestas alternativas a los problemas del hambre, la pobreza, la degradación medioambiental y las desigualdades sociales, con énfasis en el cambio necesario en las relaciones entre los géneros.

Aunque los temas de género, agroecología y soberanía alimentaria vengán ocupando espacios académicos y políticos importantes en los últimos años, su integración hasta ahora no ha sido suficiente. Persisten abordajes yuxtapuestos, sin que aparezca claramente cómo están íntimamente relacionados. Quizás sea debido a que los conceptos que utilizamos son todavía limitados (y para eso tenemos que continuar el debate y la reflexión), quizás el problema sea la resistencia que muchos tenemos en visibilizar a las mujeres y a las cuestiones de género en dichos escenarios. Eso debido a la percepción generalizada de que es suficiente trabajar con las familias campesinas e indígenas como sujetos de un nuevo modelo de producción y consumo —basado en la agroecología y en la búsqueda de la soberanía alimentaria—, sin cuestionar las inequidades y las tensiones que ocurren en su interior.

Es importante señalar que, tradicionalmente, los estudios campesinos han tenido como centro de interés a la unidad doméstica de producción y por tanto a las comunidades campesinas o indígenas, que son percibidas como un conjunto de individuos indiferenciados en relación al género, donde quedan subsumidas las mujeres. Sin em-

bargo, no fue sino hasta cuando las feministas empezaron a estudiar desde una perspectiva de género las unidades domésticas de producción, que las mujeres fueron visibles, no solo en la producción sino en la reproducción de las mismas unidades y, por tanto, fundamentales en la agricultura familiar y en la cultura campesina. Más recientemente la ecología política, en su propuesta de trabajar las relaciones de poder en la apropiación y uso de los recursos naturales, ha privilegiado en su análisis las relaciones sociales referidas a la clase o a la condición étnica, sin profundizar en la diferenciación de géneros y edades. Como lo ha expresado Deere (2002),¹ la perspectiva de género en el campo de los estudios campesinos ha desafiado y enriquecido muchas de las suposiciones y conceptos establecidos que se utilizan en el análisis del campesinado y en la agroecología como heredera de esta. Además, los escritores ecologistas, predominantemente varones, tienden a visualizar en las luchas ambientales a los indígenas y campesinos, sin lograr ver el papel fundamental de la desigualdad de género en la crisis ecológica (M. Mellor, 2000).²

Por ello en este libro se busca tener una mirada ecofeminista sobre la cuestión, intentando situarla desde una perspectiva más amplia e integradora. ¿Qué significa eso en la práctica, y qué ayuda puede traernos en el sentido de develar las conexiones existentes entre el conjunto de temas abordados?

El ecofeminismo, como teoría crítica, puede ser visto como un marco interpretativo que nos permite dar visibilidad a aspectos de la relación opresiva entre los hombres y las mujeres y entre las sociedades humanas y el mundo natural que, de otra forma (en otros paradigmas), no serían significativos o serían considerados normales. Así, más allá de la crítica al sistema económico explotador (en que se entrecruzan opresiones de clase, etnia, religión, edad, origen político-geográfico de las personas, etc.), esa propuesta teórica nos ayuda a reconocer que las dinámicas sociales en que vivimos está estructurada en sistemas opresivos, tanto con relación al sexo-género como por la dominación de la naturaleza por los seres humanos. Esa realidad material, profundamente desigual, está cimentada en relaciones simbólicas e ideológicas en las

1. Para mayor detalle, ver a Carmen Deere (2002), «¿Qué diferencia resulta de la perspectiva de género? Repensando los estudios campesinos». En: *Umbrales*, n. 11, septiembre, Universidad Mayor de San Andrés: CIDES, La Paz, pp. 163-187.

2. Ver a Mellor, Mary (2000), *Feminismo y ecología*, Siglo XXI, México D.F.

que se desvaloriza tanto lo femenino como el medio natural (además de otros colectivos sociales y los seres no-humanos). Reconocer la existencia de esas relaciones de dominación y explotación es un primer paso para plantearse la tarea de transformarlas, pero no es suficiente.

Los distintos capítulos que presentamos aquí son una colección de múltiples textos resultados de investigaciones desarrolladas durante los últimos años por distintas autoras y autores entrelazando la agroecología con otros campos del conocimiento. La mayoría de ellos han estado vinculados, de distintas maneras, al Instituto de Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba, España —ISEC—, centro académico que ha potenciado y contribuido a politizar estas temáticas a partir de sus cursos de Experto, Maestría y Doctorado en Agroecología.

En el capítulo uno, de Marta Soler Montiel y David Pérez Neira, se discurre sobre los sesgos de la mirada occidental que dificultan encontrar solución a estas cuestiones, mientras no se reconozca la necesidad de añadir una perspectiva ecofeminista. En la práctica, el ecofeminismo nos ayuda, por ejemplo, a cuestionar la construcción de identidades de género basadas en el sexo, tan fuertes en las realidades agrarias y en el mundo rural, y que nos explican la división sexual del trabajo, los roles de género, las valorizaciones diferenciadas de la palabra de las mujeres y de los hombres en los ámbitos de la vida pública o privada, etc. Están ahí, por ejemplo, las cuestiones de construcción de la femineidad y la masculinidad tratadas por David Pérez Neira, Ángel Calle Collado y José María Valcuende del Río en el capítulo dos de este libro, donde se problematiza sobre todo el rol que cabe a los varones en este campo, quienes muchas veces no reconocen las relaciones opresivas en que están inmersos y de las que son, al mismo tiempo, beneficiarios y, en cierta medida, también víctimas. En el capítulo tres Gloria Patricia Zuluaga nos presenta los enfoques más conocidos del ecofeminismo (clásico, multicultural, liberal y constructivista), resaltando sus aportes y sus puntos críticos. Nos muestra cómo a pesar, de la diversidad de puntos de vista, las distintas teóricas han enfatizado la necesidad de superar los pares en oposición naturaleza/cultura, dado que son la base de muchos estereotipos que legitiman la opresión y subvaloración de las mujeres y de la naturaleza. Igualmente, hace presente el encuentro del ecofeminismo con otras perspectivas críticas, tales como la economía feminista y la ecología política.

Por otro lado, el ecofeminismo llama la atención sobre las mujeres en cuanto un colectivo múltiple y diverso, históricamente invisibilizado, a quien fue denegado el estatus de sujeto económico, social, político

y cultural. Mirar, escuchar, reflexionar sobre lo que vienen haciendo y proponiendo las mujeres en sus articulaciones políticas más amplias, luchando por cambios en los modelos civilizatorios que vivimos, es ya un buen comienzo. Varios de los trabajos de este libro presentan distintas experiencias en América del Sur en torno a la participación de mujeres en movimientos sociales o en organizaciones de base, que están generando transformaciones en los sujetos, así como en la forma de entender y hacer política. También, el libro cuenta con una serie de artículos que narran y analizan estrategias locales que han implicado re-construcciones, re-apropiaciones o creación de prácticas vinculadas a la producción, la comercialización y el consumo de alimentos, donde la sostenibilidad y la subsistencia están entrelazadas.

En el capítulo de Estefanía García Forés; en el de Marta Chiappe y María Noel Salgado y en el de Emma Siliprandi, tenemos ejemplos de la acción política de las mujeres en América Latina, sea dentro de una organización campesina (como la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo, CLOC), sea en un movimiento internacional de promoción de la agroecología (Movimiento Agroecológico de América Latina y el Caribe, MAELA), sea en una articulación de ámbito nacional (como es el caso de la Articulación Nacional de Agroecología, ANA, en Brasil).

Las consignas narradas por esas mujeres sobre otros cuestionamientos teóricos, como es el caso de las mujeres de La Vía Campesina, donde se plantea la necesidad de construir un feminismo campesino y popular, tal como el presentado por ANA, de Brasil, traen al centro del debate una cuestión difícil y urgente, la violencia contra las mujeres, como una realidad que tiene que ser tratada *dentro* del campo agroecológico. Es verdad que la agroecología, en cuanto un campo de conocimientos y prácticas sobre producción agraria sostenible y en cuanto un nuevo modelo de sistema agroalimentario, no será suficiente para acabar con el machismo en el medio rural, ni para acabar con el racismo, o cualquier otro tipo de prejuicio y opresión social. Pero, en concreto, la existencia del machismo penaliza a todo un colectivo e impide a la agroecología afirmarse como una propuesta de cambios radicalmente democráticos en el campo, y eso es lo que cuestionan esas mujeres organizadas. ¿Cómo posicionarse frente a esa realidad, si dentro de esos movimientos no tratamos con claridad y profundidad los temas históricos traídos por el feminismo?

Por otro lado, las organizaciones de mujeres tratadas en este libro muestran en sus prácticas la importancia de la construcción cotidiana

de experiencias agroecológicas para la soberanía alimentaria, para el mejoramiento de ecosistemas degradados y para el fortalecimiento de los medios de vida. Tenemos ejemplos de diversas regiones del continente, por ejemplo el capítulo seis que presenta una experiencia de la región de Antioquia, en Colombia, de Gloria Patricia Zuluaga Sánchez y Sonia Irene Cárdenas Solís; de la Amazonía brasileña, en el capítulo siete, de Irene García Roces, Marta Soler Montiel y Assumpta Sabuco i Cantó; y de la Provincia de Santa Fé, en Argentina, en el capítulo nueve, de Silvia Papuccio de Vidal. En estos textos se describen y analizan las dificultades y logros de esas organizaciones en mantener y mejorar la producción agrícola sostenible para el consumo y la venta, y las aportaciones fundamentales traídas por el trabajo y el ingenio de esas mujeres campesinas e indígenas, muchas veces con ningún o muy poco apoyo técnico, financiero y organizacional. Lo novedoso de esos procesos es que las mujeres también se construyen en la lucha, en mayor o menor medida, como sujetos cuestionadores de su condición de género. Muchas veces esa capacidad creativa con la que están involucradas estas mujeres, en la invención de una nueva realidad desde ahora, desde sus lugares de trabajo y vida, pasa desapercibida por nuestros prejuicios y nuestros estrechos marcos conceptuales, de la misma forma, la fuerza con que quieren seguir adelante a pesar de las dificultades.

Con las aportaciones traídas por las diferentes autoras y autores de este libro, esperamos contribuir al debate sobre la construcción de un sistema agroalimentario alternativo y el rol de la agroecología, en una perspectiva de nuevas relaciones no opresivas entre las personas. Estamos convencidas de que el reconocimiento de las imbricaciones teóricas y prácticas entre esas cuestiones, más que urgentes, es una condición para el avance de las luchas sociales por transformaciones radicales del mundo en que vivimos.

